

vantad á él vuestras voces, para pagarle el justo tributo de vuestras alabanzas. Esta alabanza de los niños, y de los niños de pecho, es la que le agrada con preferencia á todas las demás. Levantad, con vuestras voces, vuestras manos aun puras, y servid de intercesores á toda esta concurrencia. No podeis, hermanos, tenerlos más poderosos, para que os abran el tesoro de las divinas gracias, y para que os alcancen la feliz eternidad, que es la que os deseo.

Véanse : AMOR AL PRÓJIMO, BENEFICENCIA, COMPASION, FRATERNIDAD, LIMOSNA, ETC.

## CARIDAD POR ASOCIACION.

*Discipuli prout, quis habebat, proposuerunt  
singuli in ministerium mittere habitantibus  
in Judæa fratribus.*

Los discipulos determinaron contribuir cada uno, segun sus facultades, con alguna limosna, para socorrer á los hermanos habitantes en Judea.

(Act. Apost. xi, 29.)

El poder del número, junto con la unidad de miras y de accion, cualquiera que sea el objeto de su aplicacion, es uno de los poderes mas principales, sin otros límites que los de lo posible. Al crearse una sociedad industrial, sécanse los pantanos, los campos estériles se cubren de mieses, ábrense caminos y canales, cólmense valles y allánanse montes, dándose fácil salida á los productos; y la tierra avara, removida hasta sus entrañas; se deja arrancar unos tesoros, que en vano oculta á nuestra codicia. Al impulso de la sociedad mercantil, el capital acumulado se atrae la confianza y centuplica el crédito; los continentes, las islas más apartadas se aproximan por medio de las mismas barreras que parecen separarles; millares de

buques cruzan en todos sentidos el mar anchuroso, para traernos, en cambio de nuestro oro y de nuestras mercancías, las riquezas de todas las naciones. ¿Osaré decirlo? Al organizarse una sociedad para cimentar una teoría, propagar una idea, un sistema ó un principio; teoría, idea, principio, á veces tan falsos en sí como desastrosos en sus resultados, corren y se extienden con la rapidez del rayo, aun á riesgo de trastornar el mundo y sembrar la tierra de duelo y escombros.

¿Por qué no asociarse tambien para la beneficencia, cuyo carácter propio es unir y asimilar á los hombres, del mismo modo que se forman sociedades para el mal, ó, á lo ménos, para unos fines, que, por plausibles que sean, distan mucho de equivaler á la dicha de salvar la vida del prójimo, y de endulzársela, saciando su hambre y sed, cubriendo la desnudez y enjugando las lágrimas de tanta multitud de infelices como nos rodean, víctimas de todas las privaciones y blanco de todos los dolores? Si bien los hijos del siglo han explotado con arrebató la idea de asociacion, hasta abusar á veces de ella; si bien esa idea de asociacion puede llegar á convertirse en una arma terrible para el triunfo de las malas pasiones, no por eso los hijos de la luz han de tenerla por sospechosa, ni repudiarla como semillero de discordias y ruinosos altercados. La Religion, con apoderarse de esta idea fecunda, no hace sino recuperar un bien, que de derecho le pertenece, pues inútilmente pretenderia el siglo reivindicar como una de sus más felices concepciones, y contar en el número de sus más brillantes conquistas lo que notoriamente ha tomado de nuestras doctrinas. El principio de asociacion es del todo evangélico, y domina así en las creencias y en las máximas, como en los hechos del cristianismo: vémosle de contado en el primero y más augusto de nuestros misterios, donde la fe nos descubre tres personas distintas en la unidad de una misma naturaleza, que concurren á iguales fines, á idénticas obras, con la misma operacion y voluntad; Jesucristo, sin cesar, inculca en sus instrucciones la necesidad de la union entre los hermanos; y en la última despedida que da á sus discípulos, en el momento de dejarles, su más ardiente deseo es que sean consumados en la unidad, como él es una misma cosa con su Padre y su Espíritu. Veamos, pues, cuales serian los resultados de este principio evangélico aplicado á la caridad; pero antes pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. La Iglesia se ha mostrado fiel al principio que la constituyó. ¿Qué eran los primeros cristianos reunidos en Jerusalem, sino una

asociacion de hombres santos, teniendo un mismo corazon y una misma alma, sin que ninguno considerase propio lo que poseia, pues todas las cosas eran entre ellos comunes; sorprendiendo con el espectáculo de una virtud sin ejemplo la indocilidad del judío, y la frivolidad del gentil, y, sin embargo, recibiendo en su gremio, abierto siempre para todos, á sus semejantes, conforme el mundo, cansado de excesos y embustes, ansiaba iluminarse por la luz y alentarse bajo el fuego celestial que á ellos los animaba? ¿A qué otro principio sino al de la asociacion se deben las grandes obras, los inmensos beneficios del genio católico, que son el asombro de sus mismos enemigos? Basta que algunos hombres amantes de la regla y del retiro se pongan bajo la direccion de un guia, resignando en él su fuerza, su inteligencia y su voluntad, para que el suelo se cubra de monasterios, asilos del pobre, albergues del extranjero y del caminante, y se desmonten los bosques, y se entreguen á cultivo los yermos, y regado por tan generosos sudores, *florezca el desierto* y se revista de fecundidad. Algunos de sus hermanos comparten el tiempo entre la oracion y el estudio, y hé, aquí, que salen del polvo todos los tesoros de la antigüedad profana y sagrada; y del concurso de esas facultades, conspirando á un mismo fin, nacen aquellos ejemplares riquísimos, prodigios de paciencia y erudicion, que nos dejan asombrados en nuestra medianía por las investigaciones y largas vigiliias que suponen; empresas colosales, que inútilmente acometieran los más doctos, aun poseyendo igual grado de valor y sagacidad. En la edad media, un pensamiento unánime inspira á las poblaciones cristianas: si se trata de erigir al Altísimo templos dignos de su majestad, unos ofrecen sus brazos, otros su dinero, otros su ingenio; y de la combinacion de semejantes elementos, durante una época que apellidamos bárbara, la Religion saca de la tierra soberbias basílicas, masas enormes pero ligeras, y eleva hasta las nubes cúpulas atrevidas, agujas y torres aéreas, catedrales majestuosas, que así desafian la accion de los siglos, como los procedimientos de nuestras artes y todos los medios de ejecucion, de que puede disponer la civilizacion moderna.

Tal es la grandeza de la Religion, que todos los elementos de poderío, gloria y prosperidad proceden en ella como de su manantial; y toda idea buena, todo pensamiento generoso, verdaderamente útil á la humanidad, debe referirse á ella como á su causa primitiva; de suerte, que cuando el orgullo humano se felicita de haber descubierto algun principio nuevo, fecundo en vastas aplicaciones, y se extasia ante la creacion de su genio, se ve, considerada de cerca, que su de-

cantado descubrimiento no es sino un débil reflejo, una pálida copia, y, á veces, un mísero plagio del pensamiento cristiano!

2. Aplicado á la distribucion de la limosna, el principio de asociacion seria muy fecundo en buenos resultados para la humanidad doliente, ya con el bien entendido reparto de socorros, ya con el aumento de medios y recursos. Los fondos destinados al alivio del indigente, vertidos en un tesoro comun, patrimonio del pobre, serian como otros tantos arroyos para formar un rio de beneficencia, un océano de amor, donde se acercarian á beber todos los desgraciados de la tierra, recordándonos aquellos dichosos tiempos de la primitiva Iglesia, en que un fondo único y central, acrecentado con todos los tributos recogidos en las diversas iglesias de Asia y Grecia, satisfacía las necesidades de los pobres, ó de los *Santos de Jerusalem*, segun la admirable expresion de S. Pablo: *Viscera sanctorum requieverunt per te, frater*. PHILEM. 7. Las limosnas privadas, cuando más, alivian desgracias privadas; pero una caridad comun cubriria la universalidad de la miseria. El exámen comparado de entrambos sistemas os dará á conocer, amados oyentes, toda la superioridad del primero, para el cual solicitamos vuestra preferencia.

Soleis tener dias señalados para distribuir á la puerta á cuantos alargan su mano, aquella parte de presupuesto que destinais para socorro del necesitado. Esa prevision es laudable, sin duda alguna, y deberian adoptarla por costumbre cuantas familias cristianas disfrutan riquezas, ó la dichosa medianía, que aun vale más que la fortuna. Tampoco pretendemos decir, que esas distribuciones parciales carezcan de mérito; antes al contrario, las juzgamos gratas á Dios, que no las dejará sin recompensa. Pero el necesitado tiene hambre cotidiana, y vuestras facultades no os permiten auxiliarle todos los dias: daisle pan;... pero el pobre *no vive solo de pan*; y no ignorais que le acosan otras necesidades, el frio, la desnudez, la falta de un abrigo donde reclinar su cabeza: daisle una moneda; y en verdad es mucho para los que repetís esta limosna hasta una suma considerable; pero ¿qué hará el indigente de ese solo óbolo para atender á su propia subsistencia, y á la de su mujer, y á la de sus hijos? ¿De qué le sirve á menudo esa moneda, sino de tentacion para gastarla en una taberna, y degradarse en cuerpo y alma entre los vapores de la embriaguez, la cual le presta un vigor ficticio, que acaba de gastar y abatirle? Aunque atendeis sin excepcion á cuantas manos se os alargan, no todos los infelices acuden á vuestra puerta: hay muchos impedidos de hacerlo, porque la calentura y los achaques les tienen postrados en su lecho de paja; otros no pueden, de puro abatidos y

desesperados; y algunos, tal vez, no osan, prefiriendo sufrirlo todo, antes que pasar por la vergüenza de confesar su miseria. ¡Seria, pues, la limosna el premio del más osado y del más listo! ¡Sufririan unos el hambre, mientras otros comerian de sobra: *Alius quidem esurit, alius autem ebrius est.* I. Cor. XI, 21! Y cuenta, que la expresion no es aun bastante fuerte, si recordamos el triste espectáculo que cada noche vemos por los caminos, á las puertas de nuestras ciudades. Es verdad, que dais; pero permitid que os hable sinceramente; ¿es cierto que algunas veces dais sin discernimiento, repartiendo indistintamente el bálsamo de vuestra caridad con igual medida, sin atender á la diferencia de edades, de situaciones y de padecimientos, quizá más para libraros de ruegos importunos, que para llenar con tino y discrecion un deber de conciencia y una obra de religion y misericordia? ¿No es cierto, que dais indiferentemente, quizás en detrimento del verdadero pobre? Nadie se equivoque sobre el sentido de mis palabras: defendiendo la causa de los verdaderos pobres, de los pobres de Jesucristo; y distamos mucho, ¡Dios no lo permita! de querer contristar á los amigos del Señor, favoritos del Esposo, primogénitos de la Esposa, ni entibiar el celo de las almas caritativas: lo que deseamos, es: desalentar al vicio é ilustrar á la beneficencia. Es verdad que dais; pero no proporcionais trabajo á esos brazos robustos, que de buena gana se emplearian en toda clase de servicios públicos y privados, y cuando nó, en barrer calles, reparar caminos, etc., etc. Es verdad que dais; no empero, leña, ni sal, ni ropa, ni albergue, ni medicamentos, cosas todas de primera necesidad, tan indispensables al pobre como al rico. Dais una moneda, un pedazo de pan; pero ¿quién da consejos, consuelos, palabras del cielo, á tantas criaturas desventuradas como hay, más afligidas por las torturas del alma que por las del cuerpo, y que para sobrellevar la carga de una existencia doblemente desdichada, más que el alimento material necesitan las simpatías de una dulce compasion y las expansiones de una conmiseracion benévola?

Suponed, por el contrario, que todas estas larguezas particulares, preciosas gotas de agua, si se quiere, pero que apenas refrescan la lengua ardiente del menesteroso, sean recogidas en acervo comun, para manar, discretamente repartidas, á manera de canales fertilizadores sobre los áridos y asolados campos de la humanidad. ¿Qué mejor tesoro, amados hermanos, que esa contribucion de todas las tribus de la caridad? tesoro siempre abundante, sostenido por suscripciones bien ordenadas, al que nadie dejaria de traer su ofrenda; pues si hay ricos de corazon duro, que dan poco, ó nada, atendida su for-

tuna, ese movimiento unánime de sus hermanos, les haria abrir la avara mano, y el sentimiento de su propia dignidad, cuando no otras consideraciones mas elevadas, contribuiria á que proveyesen la mesa del pobre. Respecto á vosotras, familias benditas de Dios, *ante quien suben vuestras limosnas*, hombres misericordiosos, mujeres caritativas, de quienes puede decirse, como Job decia de sí mismo, que la *dulce piedad* y la conmiseracion tierna *nacieron con vosotros*, no pedimos os impongais nuevas cargas, porque, sin acrecentar vuestros sacrificios, os es muy fácil hacerlos más provechosos; dad solamente en suscripciones lo que distribuís en socorros parciales, y vuestras piadosas liberalidades, que, segregadas, se desvanecen como el humo, reunidas, se multiplicarán y fructificarán en un céntuplo. La asociacion obra el milagro de fecundizar cuanto toca, y éste es tambien el admirable secreto de la caridad, cuando la ejercen aquellas vírgenes del Señor, que, no por haberse alejado del siglo, dejan de compadecer sus miserias, ó aquellas dignas émulas suyas, almas excelsas, que, sin dejar el mundo, comprenden y saben practicar todas las virtudes de una vida más perfecta. ¿Qué añadiremos para persuadirlos? Solo una palabra, pero palabra que lo es todo para almas como las vuestras: así hareis más buenas obras; no basta: las hareis mejor; sin veros en el conflicto de preguntaros, como muchas veces acontece, despues de entregada una limosna: ¿he hecho realmente una buena obra? ¿he dado segun la verdadera necesidad? ¿no me he dejado sorprender por una pobreza fingida, creyendo auxiliar á la real? En las larguezas de una asociacion caritativa, tal cual la comprendemos, ya no serian posibles semejantes errores, pues se *explorarian* con religioso cuidado *todas las partes débiles y dolientes de esta tierra* de miserias y lágrimas, se conocerian todas las necesidades, se enumerarian todos los apuros, y se anotarian todas las familias con un estado de los individuos que las componen y de sus medios de subsistencia. Entónces, los que pudieran hacerlo, vendrian cada dia á recibir, y aun mejor, á consumir en determinado local el contingente que se les señalára; y á los enfermos, achacosos, pobres vergonzantes, etc., se enviarian socorros domiciliarios de toda clase; se abririan talleres para los capaces de desempeñar un trabajo, estimulándoseles por medio de salarios seguros, que les harian sabroso el pan ganado con el sudor de su rostro.

No se me oculta, hermanos míos, que pueden hacerse objeciones al proyecto de asociacion que acabo de proponeros; pero pesadas concienzudamente, tal vez juzgareis conmigo, que no bastan á contrabalancear las ventajas que ella promete. En primer lugar, os veriais

privados del consuelo de repartir por vosotros mismos las limosnas, cuando anhelaís cumplir personalmente un deber, que se hace dulce á toda alma compasiva; sentimiento, á la verdad, tierno y respetable: pero al ejercer un acto de misericordia, lo que, ante todo, debe considerarse, es el alivio del indigente. Pues bien, si se os demuestra, que este objeto lo alcanzais más de seguro, enviando socorros por conducto de la asociacion, ¿no es digno de vuestra misma caridad renunciar á una satisfaccion que, si bien legitima, no siempre está libre de aquellas imperfecciones que el amor propio ingiere en nuestras obras más santas? Ya sabrá Dios discernir vuestra limosna parcial de la colectiva, y tambien así cumplireis mejor aquel consejo evangélico, que quiere, que la mano izquierda ignore lo que haga la derecha: *Nesciat sinistra tua quid faciat dextera tua.* MATTH. VI, 3.

Sin embargo, tal es la costumbre, y así se ha visto practicar la caridad en las familias, de padre á hijo por tradicion hereditaria. Lo sé, oyentes míos, y me complazco en reconocer, que vuestros piadosos antecesores no podian legaros una herencia más noble; pero si esta práctica, laudable de suyo, degenera en abuso, atendidas las circunstancias, y si notoriamente contraria los bien entendidos intereses de la caridad, ¿permitireis que subsista solo por haberla hallado establecida? Lo que es bueno en un tiempo, puede no serlo tanto en otro: antes la caridad individual bastaba, quizá, para necesidades más pocas y más fáciles de conocer y auxiliar; pero, hoy día, en vano tratará nuestro orgullo de cerrar los ojos á una triste verdad, cual es, que el pauperismo aumenta espantosamente, por muchas razones que sería prolijo enumerar, relacionadas con nuestro lujo y moliceie, y con eso que se ha dado en llamar *adelantos de nuestra civilizacion.* ¿Quién extrañará, pues, que las situaciones nuevas y extraordinarias requieran la adopcion de nuevas y extraordinarias medidas?

Sin embargo, tenemos nuestros pobres, pobres predilectos, acostumbrados á calentarse en nuestro regazo, que nos toman de la mano lo que nos sobra de la mesa. ¿Pobres predilectos, decís, amados oyentes? ¿Acaso no deben serlo todos los infelices de la tierra, hermanos vuestros, miembros de Jesucristo, hijos comunes del Padre que tenéis en los cielos? ¿Hace por ventura la caridad acepcion de personas? Si los hay, empero, que os sean más caros por el conocimiento íntimo que tengais de sus miserias, de su estrechez, de su conducta, ¿quién os quita poder recomendarlos á la solicitud de los que por vosotros, y en nombre vuestro cuiden de la dispensacion de limosnas? Y si la abundancia de recursos os permite seguir las inspiracio-

nes del corazón, ¿quién os priva de añadir subsidios particulares á los públicos?

Más, ¿no es bueno y moral, añadiréis, tener cerca al pobre y ver el espectáculo de su miseria, siquiera para atenuar la falaz dulzura de la copa con que se embriagan los favoritos de la fortuna?... En verdad, oyentes queridos, rehuyamos esa mentida sensibilidad, que quisiera segregarse al indigente de la sociedad humana, como llaga asquerosa que debe ocultarse, arrebatándole la libertad, el sol, la vista del cielo, únicos bienes que le restan, para encerrarle en un tétrico recinto de altas paredes, y evitar que sus lamentos turben el reposo del opulento; que el aspecto de sus males ofenda la vista delicada de los que solo se gozan en el espectáculo de los placeres. Léjos de esto, consideramos muy útil para aquellos mismos á quienes todo sonríe y halaga, el cuadro de los dolores humanos, que tiene la virtud de excitar generosas simpatías, y mover aquella sensibilidad verdadera y profunda, que honra nuestra naturaleza, perfeccionándola. En la obra que se os propone, nada tiende á privaros de esas dulces emociones, de esas elevadas enseñanzas: los pobres quedan en medio de vosotros; la única diferencia es, que tendreis la satisfaccion de verlos mejor asistidos y más consolados. Pero, añadiréis (y aquí llegamos al punto más árduo de la cuestion), no queremos que nuestras liberalidades pasen por vías administrativas, y se sujeten á la rigidez de las formas legales: la caridad es libre por esencia, y no debe obedecer más que á sus inspiraciones: si la imponéis leyes, se entibiará: si la vigilais de cerca, se retraerá como la sensitiva, que dolorida y medrosa se repliega bajo la mano que la toca. No controvertimos, hermanos míos, la fuerza y verdad de esta observacion, antes siempre supusimos en las proposiciones emitidas, que los suscritores á la caja de pobres, tendrían, de derecho, una influencia, y una accion determinada, así en el manejo de fondos, como en la eleccion de personas diputadas á su inversion; ejerciendo esta accion, ya por sí mismos, ya tambien, y mejor, por delegados pertenecientes á la misma asociacion. Si tratásemos una materia puramente legal, por ejemplo, un *impuesto de pobres*, tal cual se halla establecido en una nacion, que ofrece al mundo el escándalo de una riqueza excesiva al lado de una extremada miseria, reconociéndonos desde luego incompetentes, dejaríamos de tomar interés en materia que no nos atañe. Respecto á las formas tutelares para la fidelidad en la custodia y administracion de caudales, etc., es preciso reconocer, que si tienen sus exigencias, tambien tienen sus ventajas; y no dudo que, en obsequio al mayor beneficio, podria conseguirse atenuar su rigorismo. ¿Cómo no secun-

daria la administracion un movimiento tan inspirado y espontáneo, que satisface uno de sus afanes más ansiados y formales?

No se nos diga, por fin, que este proyecto de subvenir á las necesidades del pobre, mediante una caja única y central, por conducto de la asociacion, que tal vez será excelente en las ciudades y grandes centros de poblacion, donde la caridad abunda tanto como la miseria, sea impracticable en las aldeas y modestas parroquias rurales, cuyos recursos y necesidades se encierran en más estrechos limites. ¿Por qué no extenderlo indistintamente á todos los lugares, donde haya, por una parte, infelices que socorrer, y, por otra, almas compasivas en situacion de asistirles? En tal caso, bastaria plantearlo sobre una escala proporcionada á la importancia de cada localidad. ¿No es cada parroquia un agregado de familias, unidas por la comunión de intereses, como lo son en la familia, los individuos que la componen? Y si la familia mantiene á sus miembros, ¿qué razon hay para que la parroquia no haga otro tanto? ¿No seria, por cierto, un espectáculo digno y tierno, el que cada una mantuviese sus pobres, salvos los casos extraordinarios de grandes calamidades y azotes, espectáculo que excitaria el interés y las simpatías de toda la sociedad? ¿No se hacen limosnas en las aldeas, lo mismo que en las ciudades, y aun, á veces, con más generosidad y celo? Si las fortunas, por lo comun, son allí más modestas, ¿no son acaso los pobres, los que dan más liberalmente para todo género de buenas obras? Y ricos y pobres, al abandonar este mundo, así en el campo como en la ciudad, ¿no cuentan á los pobres Lázaros en el número de los herederos? En sus últimas disposiciones, ¿no señalan una manda á esos benditos de Dios, para granjearse amigos, que les reciban en las moradas eternas? Todas estas limosnas y caritativos legados los recibiria la asociacion, la cual, á no dudarlo, invertiria su importe discreta y equitativamente.

¿Me aluciné, hermanos míos, confiando tener sobre vosotros bastante crédito para esperar, que este proyecto no sea un sueño vano, y que, mediante la cooperacion de buenas y caritativas personas, podamos verle pronto realizado para mayor gloria de nuestra santa fe y consuelo de la humanidad? ¡Ah! si fui temerario al concebir esta esperanza, vuestra es la culpa, porque tanto he merecido ya de vuestra confianza, que no vacilé en esperar el resto: sí, empero, el Dios del pobre, el Padre de la viuda y del huérfano, moviéndome á abogar por una causa tan santa, ha dado alguna persuasion á mis palabras; si el grito del corazón ha hallado algun eco en los vuestros; ¡con qué júbilo y accion de gracias veré organizarse estas caritativas-

asociaciones, verdaderas *sociedades de seguros para la vida* de tantos desgraciados, hermanos nuestros por naturaleza, y, según el Evangelio, carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre! Creer que todos sus males pueden aliviarse sin alimento de sacrificios por vuestra parte, y, al mismo tiempo, tener la conviccion, de que gran número de esos males quedan desatendidos por falta de una caridad mejor dirigida y más previsora, es una idea dolorosa, que oprime mi alma como el peso de un remordimiento. A la verdad, no confio que tan sana medida se improvise como por ensalmo en todas partes; sé que se necesitan tiempo y reflexion, para que todos se penetren de su alta conveniencia; pero un ejemplo daria á esta grande obra más impulso que el tiempo y la reflexion; y me alegraria de que este ejemplo lo diese esta (ciudad, villa ó parroquia.) Los frutos admirables que pronto se recogerian de este primer ensayo, irian induciendo á otras (ciudades, villas ó parroquias) á imitar tan bello ejemplo, y, de este modo, paso á paso, las asociaciones de caridad alcanzarían hasta las aldeas.

¿Qué falta, pues, amados hermanos, para dar este ejemplo? No hay cosa más sencilla: créese una comision, júntense algunas personas celosas y de experiencia, ábranse bajo su respetable auspicio listas de suscripcion, y el buen éxito de la sociedad es infalible, y queda votado el presupuesto del pobre. Siéntome aliviado con depositar mi entero pensamiento en el seno de vuestra caridad, y, por hablar con el Sabio, lo dejo *en la mano de vuestro propio consejo*.

Dios mio, haced que todos, según sus facultades, contribuyan al alivio de los pobres, que son vuestros hijos predilectos; inspiradles un vivo deseo de atender á sus necesidades del modo que sea más provechoso á estos pobres Lázaros, á fin de que tengan todos un día la dicha de volar en alas de la caridad al cielo, y ser con vos eternamente dichosos, como os deseo.

Véase: CONFERENCIAS DE SAN VICENTE DE PAUL.